



Mercaderes árabes

lomos de sus camellos. ¡En marcha pues! Es libre y va sin temor. Suyas son las inmensas regiones en que las llanuras se suceden á las llanuras y en que triunfa el inflamado sol. Pero no es todo el Oriente esa tierra uniformemente abrasada que algunos se figuran. La diversidad de las regiones explica la diferencia de los hábitos, de los tipos y del modo de ser. En la Kabília, por ejemplo, provincia agrícola y fecunda, que riega el río de los Leones y dominan los montes de la Djurjura, «no hay más que villajos envueltos en azulada bruma, abruptas vertientes cubiertas de olivares, sombreando casas rojas é higueras de Berbería, que invaden los senderos, donde la erizada sombra de sus nopales se imprime duramente sobre un polvo verdoso.»

Cuando el pobre Gustavo Guillaumet, el ilustre y honorable pintor, cuyas palabras hemos transcrito, recorrió por primera vez aquellos hermosos países de brillante sol, se quedó sorprendido ante la maravilla de su vegetación: no se cansaba de bosquejar, de dibujar, de describir en un album las moles de grandiosas rocas, medio cubiertas de sombríos bosquecillos y cuyos bloques se eslabonan á lo largo de los barrancos, en cuyo fondo mezclan deliciosamente sus sombras no gales, fresnos, almendros, higueras, olivos, enlazados con las rastreras vides. Pero no es esta una África que pueda hacernos entrever la Exposición.

Tanto como los parajes se distinguen, son desemejantes los hombres. Nada hay de común entre el árabe y el kábila, para no ir más lejos. El árabe es un poeta, un jinete, un guerrero, un magnífico haragán: abrumba á la mujer y se abisma en sueños voluptuosos de placer y de gloria. El kábila gana el sustento con el sudor de su frente; es hombre de familia, ama á su mujer y la asocia á su intimidad de una manera más amplia que la ordinaria entre los orientales. Para el kábila, todos los hombres son iguales por origen; el pobre merece respeto, en principio, ni más ni menos que el rico, y mira desdeñosamente el lujo. Es delgado y nervioso, nada elegante y está muy bien hallado con su ropa humilde y aun vieja.

El árabe, al contrario, tiene el gusto y el culto del fausto, ó á lo menos de la majestad. Su paso es lento y noble, su palabra grave y sentenciosa. Si hace poco, es porque se cree instrumento del destino, y nadie hace más de lo que está destinado á hacer. Es dado á dormir porque el sueño engendra el ensueño y éste mil ilusiones de esplendor. Todo lo que adormece largamente el pensamiento agrada al árabe: siempre es tiempo de despertarse á la realidad. El árabe es capaz de heroísmo y pronto á la cólera; pero el fatalismo sofoca en él poco á poco las energías vitales.

Penetremos en el desierto. Duro es el camino y el viajero tiene necesidad de valor. Ni una sombra en ninguna parte; nada en el horizonte, á no ser no sé qué polvillo tórrido que corroe los ojos, y confusas dunas de arena, roja ó amarilla, eternamente distantes. El aire que se respira seca los pulmones y la sed, la sed inextinguible nos atormenta... Se habían llevado unos odres y estaban vacíos ó reventados.

Recuerdo la anécdota de Máximo Du Camp y de Flaubert en el desierto de Libia. Hacía dos días que les faltaba agua, y enervados y enfermos iban implorando de la pie-

dad de las caravanas que se cruzaban en el camino, un trago, una gota de agua para humedecer los labios, sin poderlo conseguir.

De repente interpela Flaubert á Du Camp:

— ¿Te acuerdas del limón helado que se toma en el café Tortoni?

Du Camp hizo un movimiento de cabeza en expresión afirmativa.

— El limón helado es cosa superior, — repuso el autor de *Madama Bovary*. — Confiesa que no te sabría mal un helado de limón.

El compañero se encogió de hombros impaciente, y continuó el otro deleitándose en sus palabras:

— ¡Ah! ¡El limón helado! Al rededor del vaso se forma un paño que parece escarcha y...

— Mudemos de conversación, — interrumpió Du Camp en son de enojo.

— ¡Bah! El limón helado es digno de que se le celebre. Se llena la cucharilla formando como una cresta, se introduce en la boca y se deshace entre la lengua y el paladar de la manera más fácil y deliciosa. Al deglutirlo baña la epiglotis, roza las amígdalas, desciende al esófago, que no lo lleva á mal, y cae en el estómago, que se da el parabién. ¡Es una fatalidad esta falta de limón en el desierto de la Libia!

Du Camp estaba indignado de oírlo y guardaba silencio, y Flaubert continuó apurando su paciencia.

— ¡Limón helado! ¡Limón helado! ¿Qué daríamos tú y yo por un vaso de limón helado?

La sed da cierta fiereza y Du Camp en su cólera apenas podía reprimirse, pues sentía impulsos de arrojarse sobre su compañero de viaje.

Pero por fortuna llegaron muy luego al Nilo, es decir, al agua apetecida, á la salvación. Sólo el recuerdo de un helado del café Tortoni estuvo á punto de causar una desgracia entre dos compañeros.

Adelante. Y se marcha á pesar de los obstáculos y sufrimientos. Siempre el mismo horizonte vacío. ¿Se llegará alguna vez á las fuentes del Oasis? ¿Cuándo se vislumbrarán en lejanas líneas los huertos de palmeras surgiendo gallardamente del húmedo y fresco suelo?

Por fin, un día, á la caída de la tarde, se descubre vagamente el paraíso en que tanto se ha soñado. Ved ese amontonamiento de paredes que casi se confunden con la tierra, esas casas de arcilla que dibujan su silueta en el dorado cielo, esa ciudad soñolienta rodeada de una luz igual, y en el estremecimiento visible de los átomos, esas raras sombras que por aquí y por allá revelan una forma entre inciertos y vagos grupos.

En un instante se han recobrado las fuerzas. Todos los recuerdos de las horas aciagas, de la sed cruel, de las fatigas crecientes, de los desfallecimientos mal ocultos, se desvanecen de repente como humo que disipa el viento. Y muy luego, no sé á qué soplos se sienten sonar indeciblemente las copas de las palmeras.

Reparad: la noche ha cerrado; y el cenit está como florido de hormigueantes y trémulas estrellas.

El día siguiente á eso del mediodía es cosa muy dife-



Arabe de las tiendas



rente. La impresión llega á ser formidable, de grande que era. Las paredes se caldean de una manera espantosa. ¡Ay de quien se arriesgara á salir fuera! Sus sesos se derretirían en el cráneo como el plomo de que se hacen las balas. El aspecto de todo es en estas horas de calor triste y desolado. La fruta no madura en los árboles, sino que se cuece. En las casas de barro, herméticamente cerradas, la sombra está como sembrada de un sutil polvo diamantino que brilla. Los hombres se tienden y adormecen en el puro suelo, buscando fresco; los niños reposan en sus cunas colgadas á las vigas del techo; pero formas indecisas se remueven en silencio á lo largo de las ahumadas paredes. Durante el sueño de los amos, las mujeres trabajan así, con los brazos desnudos sobre el jaike azul sombrío sin que nunca asome á sus abultados labios una palabra, un cantar, una sonrisa. Son siervas de cuerpo y alma y están resignadas para siempre en su servidumbre. Bellas aun en la amplitud de sus movimientos, toda coquetería les es extraña: tanto las retiene la obediencia pasiva.

Las pobres van y vienen en sus faenas, pues tienen que dar de comer á los animales, preparar la comida á su amo y señor, hilar, tejer, hacerlo todo en la casa y fuera de ella. Luego que el sol se pone, se las ve en la llanura, llevando á cuestas pesada carga, aceptando su suerte desprovista de esperanza, viviendo al día sin interrogar el porvenir.

El hombre del desierto, tenga casa ó tienda, ha deprimido el encanto virginal de la doncella, rebajado la dignidad de la esposa, casi envilecido el orgullo maternal.

Y sin embargo, esas desgraciadas, que se desconocen á sí mismas, tienen el secreto de interesarnos, de enternecernos. Del sagrado misterio que se consume en las entrañas de la mujer se desprende cierta irradiación que sobrevive á todo.

En estas cosas he pensado al visitar las instalaciones argelinas de la explanada de los Inválidos, y no creo haber salido de mi cuadro expresándolas aquí. No hagamos simple curiosidad de los tipos humanos que se nos exhiben, por extraños que sean, y por encima de la exhibición de exotismo veamos á la franca humanidad.

L. de FOURCAUD.



Comida en los jardines

LA NOCHE EN LA EXPOSICIÓN

Dan las seis, se dispara un cañonazo y se alargan los cuellos.

Es que á partir de este momento va á ser preciso dar no un *ticket*, sino dos en el postigo de la puerta Rapp. Sin embargo, se había partido temprano, y si se hubiera encontrado el tranvía... pero el tranvía no se encuentra nunca en estas ocasiones. Ha sido menester venir á pie y corriendo y sufrir después de todo amargos reproches. El caballero no tenía ninguna necesidad de detenerse en el estanco del tabaco... Ni la señora debió entretenerse tanto en ponerse el polvo de arroz. Gracias á estas manías, llega uno tarde y tiene que dar un *ticket* más. No es por lo que cuesta, no; pero, en fin, cuando se puede obtener una cosa por mitad de precio, es hasta ridículo pagar el doble... aun cuando no fuera más que por principio, por probarse á sí mismo que se tiene orden.

En fin, puesto que las cosas están ya así, no hay más que resignarse. Y se dan los dos *tickets* con cierta opresión de ánimo pensando en que hubiera sido tan sencillo tomar un coche. Se habrían gastado cuarenta sueldos, es verdad; pero se hubiera economizado un *ticket*. Esta es la cuestión.

Y se entra. Los rostros se serenán y la sonrisa vuelve á los labios. Ahora que se ha pagado, conviene á lo menos aprovecharse de la ocasión y no perder nada de los placeres prometidos. Todo se verá, todo, todo, y más bien dos veces que una sola, para indemnizarse.

Y he aquí al caballero y á la dama lanzarse al tumulto, arrebatados de maravilla en maravilla por una multitud compacta y entusiasmada,